

asalto, pero corto y exento de las vicisitudes que hasta entonces se habían observado en nuestros ataques. Después de una descarga general, los austriacos, turbados por la violencia del choque y cansados de sus perseverantes esfuerzos, huyeron á la desbandada. El cementerio, la iglesia y el castillo eran nuestros; finalmente, á eso de las dos de la tarde, la bandera tricolor flotó so-

El primer cuerpo había sido demasiado castigado para proporcionar un nuevo esfuerzo. Iba á tocarle á Mac Mahón, sostenido por la guardia, el completar la victoria.

Mac Mahón se había apoderado, entre ocho y nueve, de la Casa Morino, donde había permanecido unas cuantas horas, temiendo, si avanzaba, comprometer sus



Benedek

bre la elevada torre de Solferino, sobre aquella *Spia d' Italia* que ningún cambio de fortuna había de arrebatarnos (1).

Más allá de Solferino, hacia el Este, las colinas descienden para elevarse luego en una serie de escarpaduras que se prolongan hasta Cavriana, situada á tres kilómetros más lejos. Para que la ventaja fuese decisiva, había que llevar la victoria hasta allá. Sólo entonces quedaría destruído el centro austriaco, y cualquiera que fuese el resultado de la guerra á orillas del lago de Guardia ó delante de Medole, el enemigo se vería obligado á replugar sus alas y volver á pasar el Mincio.

(1) *Campagne d'Italie*, redactada en el depósito del ministerio de la Guerra, págs 426-428. - Partes y diarios de los regimientos (*Archivos del ministerio de la Guerra*).

comunicaciones con el cuarto cuerpo. El combate se había reducido allí á un cañoneo algo débil, aunque no inofensivo, pues había resultado mortalmente herido el general de artillería Auger. A intervalos, algunas cargas de cazadores ó de húsares contenían á los austriacos cuando éstos atacaban demasiado. Tomado Solferino, Mac Mahón operó su conjunción con los cazadores de Camou, que seguían á los granaderos de Mellinet, é hizo avanzar luego la caballería de la guardia á fin de que llenase el intervalo que iba á ensancharse entre él y el general Niel. Tomadas estas medidas, condujo sus dos divisiones hacia Cavriana.

La marcha, al principio, fué fácil. Después de un corto combate, los cazadores argelinos y el 45.º tomaron la aldea de San Cassiano y la importante granja Malpetti.



La resistencia fué mucho mayor cuando llegaron al pie de las alturas que hay delante de Cavriana. La principal de estas colinas, llamada monte Fontana, se hallaba defendida por toda una división del séptimo cuerpo, tropa que aún no había entrado en acción y se hallaba exenta del desaliento y el cansancio que empezaban á sentir la mayor parte de los regimientos austriacos. Los cazadores argelinos tomaron posiciones en los bordes de la colina, pero pronto fueron arrojados de allí. Un segundo ataque, aunque sostenido por una porción del 45.º y del 72.º de línea, fracasó también. Mac Mahón tuvo que formar nuevas columnas y hacerlas apoyar por la guardia. Entonces los austriacos retrocedieron, pero batiéndose y causándonos crueles bajas. Allí sucumbieron los coroneles Laur y Donay y muchos otros valientes. Por fin nos apoderamos del monte regado con nuestra sangre. Detrás estaba Cavriana. Otro esfuerzo y la victoria sería definitiva.

Hacia unas cuantas horas que Cavriana era el cuartel general de Francisco José. Este celebraba aún consejo con sus tenientes cuando los obuses empezaron á estallar sobre el pueblo. Al mismo tiempo nuestra artillería de alcance iba á sembrar la muerte hasta en los batallones enemigos que se consideraban al abrigo. Ninguna lisonja cortesana podía disimular la derrota: el centro austriaco se encontraba deshecho. En medio de tanta desgracia subsistía una esperanza, la de que una victoria alcanzada sobre las alas disminuyese la humillación de la derrota, permitiese quizá proclamar la jornada indecisa y asegurase, cuando menos, la seguridad de la retirada. Por la parte del lago de Guardia, las noticias transmitidas al cuartel general austriaco no tenían nada que pudiese destruir aquella suprema esperanza. Benedeck tenía en todas partes á los piemonteses en jaque: en vano los sardos multiplicaban sus tentativas para recuperar San Martino. Por la parte de Medole, ¿no sería posible obtener igual ventaja y rechazar el cuarto cuerpo francés ó contenerlo al menos?

No parece que el general Wimpffen, comandante del primer ejército austriaco, que con el noveno, el tercero y el undécimo cuerpos luchaba desde por la mañana contra los batallones de Niel, contribuyese á mantener aquella confianza. ¡Cosa singular! Mientras Niel dudaba de su fortuna, Wimpffen desconfiaba de la suya. A las dos de la tarde había escrito al emperador: «Dos veces he tratado de tomar la ofensiva..., pero ya no puedo mantenerme firme.» Indicaba las medidas que creía propias para proteger la retirada, y añadía: «Siento no poder anunciar á Vuestra Majestad resultados mejores (1).» Una hora después, habiendo recibido sin duda nuevas órdenes del emperador y recobrado quizás alguna esperanza, se dispuso á renovar la lucha.

Rebecco, Baite y Casa Nuova fueron atacadas de nuevo. Por nuestra parte el valor no disminuía, pero sí las fuerzas. Los esfuerzos del enemigo se concentraban sobre todo en torno de Casa Nuova. Una carga de los húsares del general Clerambault permitió un instante á Vinoy reconstituir sus filas y dar respiro á sus tropas extenuadas. Pronto llegó otra columna de ataque dirigida por el príncipe Windischgrätz. Este avanzó á cu-

(1) *La Campagne d'Italie de 1859*, redactada por la división histórica del Estado mayor de Prusia, pág. 175. — *Der Krieg in Italien*, tomo II, 2.ª parte, pág. 297.

bierto hasta la granja, penetró en ella y sucumbió heroicamente; su muerte, lejos de paralizar el combate, lo convirtió en encarnizada lucha; sus soldados confundidos con los nuestros se obstinaron en llevarse su cadáver. Una nueva carga de caballería proporcionó á Vinoy un segundo descanso. Mientras tanto, la lucha continuaba en Baite y en Rebecco. Volviendo á tomar la ofensiva, Niel trató varias veces de avanzar hacia Guidizzolo, siendo cada vez rechazado. Culpó á la insuficiencia de sus fuerzas, abultó un poco en su imaginación las ventajas que le aseguraría un poderoso refuerzo, se quejó de la inercia de Canrobert y le envió mensajero tras mensajero. El comandante del tercer cuerpo, no contento con haber llamado á Trochu, acababa de llamar también á la división Bourbaki, pues por la parte de Marcaria no aparecía ningún cuerpo enemigo. Era muy tarde y Bourbaki no había de entrar en línea de combate. Al menos llegó Trochu. Niel le mandó avanzar hacia Guidizzolo. Sin apresurarse, Trochu reunió á sus soldados, les expuso lo que esperaba de ellos, les encargó que tirasen poco y con buena puntería y los condujo al enemigo con tanto orden y sangre fría como lo hubiera hecho en un campo de maniobras. Aquella marcha metódica é inteligente desconcertó á los austriacos: asustados por la llegada de aquellas nuevas tropas, desalentados de sus vanos esfuerzos, extenuados de fatiga, cedieron el terreno, y Trochu les persiguió hasta medio camino entre Casa Nuova y Guidizzolo. Serían las cuatro y media.

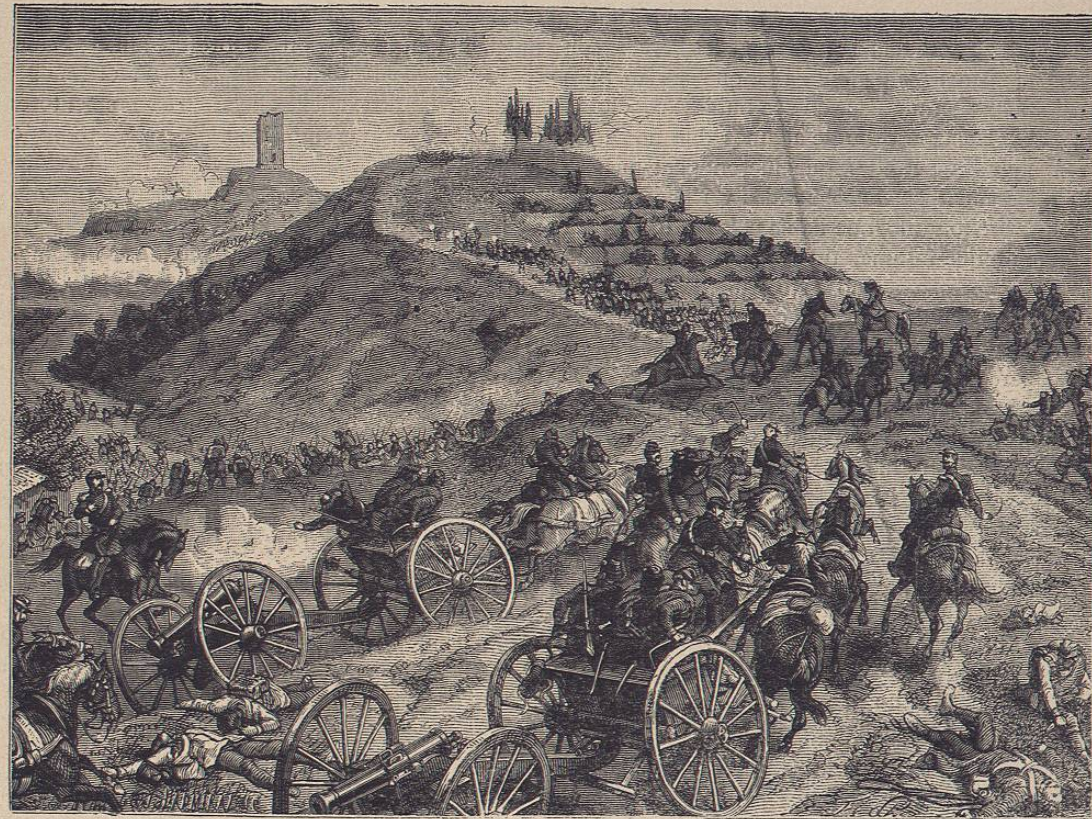
Al mismo tiempo, Mac Mahón, á quien hemos dejado dueño del monte Fontana, entraba en Cavriana con los cazadores argelinos y los cazadores montados de la guardia. Los piemonteses eran los únicos tenidos en jaque en San Martino.

Se batían desde por la mañana. La naturaleza, más clemente que los hombres, pareció querer abreviar con anticipadas tinieblas aquella cruel jornada. En lo más encarnizado de la batalla, estalló una violenta tempestad de agua y granizo, acompañada de relámpagos y truenos cuyo fragor se confundía con los estampidos del cañón. Lo que el cansancio había empezado, la tempestad lo acabó. Nuestros soldados, momentos antes empapados en sudor y ahora sofocados bajo el aguacero, se dispersaron detrás de los terraplenes, bajo los árboles y en las casas de labranza. Una nube espesa que cubría con el mismo velo la llanura y las montañas ocultaba unos combatientes á otros; del uno al otro extremo del campo de batalla hubo una tregua, que pudo llamarse la tregua de Dios.

Cuando, pasado el huracán, reapareció en el horizonte el sol poniente, el espectáculo que se ofrecía á nuestros ojos no permitió ya dudar de la victoria. Durante la tormenta, el enemigo había ejecutado las órdenes de retirada ya preparadas. Más allá de Cavriana, largas columnas desfilaban hacia el Mincio, mientras algunos batallones, que se habían quedado en Guidizzolo y estaban destinados á proteger la retirada, tiroteaban todavía con los nuestros. Sólo en San Martino se prolongó la lucha. Los piemonteses no ocuparon la colina hasta la noche, lo cual permitió á los austriacos reivindicar sobre este punto la ventaja, exaltar á Benedeck y proclamar que los sardos no habían conquistado sino lo que habían abandonado ellos. Nosotros disponíamos

de una numerosa caballería: además, el tercer cuerpo permanecía casi intacto. Por exceso de fatiga, por confusión ó porque los vencedores estuviesen satisfechos con el campo de batalla conquistado, éstos no intentaron persecución alguna. A la caída de la tarde, los austriacos empezaron á llegar al Mincio; durante toda la noche y parte del día siguiente, pasaron el río, destruyendo las barcas y doblando los puentes tras de sí. Los aliados victoriosos, pero tan cansados que apenas

mismo aspecto: cosechas destruídas; largas hileras de morales con el tronco decapitado; granjas, cobertizos, cercados doblemente arruinados, por el enemigo que los había almenado para la defensa, y por los nuestros que los habían acribillado á balazos para el asalto; debajo de los escombros, en las zanjas, al pie de los árboles, los muertos de formas rígidas; después los heridos, aturdidos unos por el golpe, retorciéndose otros en los sufrimientos de la inflamación que se iniciaba; á lo



Un episodio de la batalla de Solferino

sentían la satisfacción del triunfo, durmieron en sus posiciones. El emperador dictó para la emperatriz y para la Francia un lacónico telegrama así concebido: *Gran batalla, gran victoria*. Al amanecer, la noticia llegó á Saint-Cloud, desde donde se propaló por todo París. La victoria se llamó de pronto *victoria de Cavriana*, del pueblo en que el emperador había fechado su primer parte. Cuando los despachos hubieron precisado los detalles, se quiso que el nombre de la jornada fuese el del sitio en que se había librado el más rudo, si no el más largo combate, donde se erguía la torre famosa, la *Spia d'Italia*, donde se alzan hoy la capilla conmemorativa y el osario de la batalla. Fueron absorbidas en aquella acción principal las dos acciones, casi distintas sin embargo, de *San Martino* y de *Medole*. Prevalció una sola designación, la única que subsistirá en los siglos, y la batalla del 24 de junio se llamó *batalla de Solferino*.

#### IX

Las noches son cortas en junio, y, cuando amaneció, el horror se sobrepuso á la alegría; todo el vasto espacio en donde la batalla se había desarrollado ofrecía el

lejos, algunos miserables merodeadores á quienes el sol ponía en fuga y que se habían aprovechado de la noche para desbalar á los cadáveres. Todo esto aparecía confusamente, pues, como sucede siempre en la guerra, sólo veía cada cual su rincón, de la manera que se ve un fragmento de las cosas en un espejo roto. Sabíase que se había logrado la victoria, pero se ignoraban las circunstancias que la habían determinado ó que habrían podido comprometerla; y sobre todo se desconocía la parte que cada cual había tomado en la obra común, como lo prueban las siguientes palabras de una carta que en 25 de junio escribía el general Ducrot: «Dícese que el cuerpo de Baraguey de Hilliers ha tenido poca intervención en el combate (1).» ¿Quién faltaba á la lista? ¿Quién había sido muerto, herido ó hecho prisionero? Circulaban rumores de toda clase, desmentidos, confirmados y desmentidos de nuevo, que reavivaban el dolor ó la esperanza.

Durante dos días, los soldados de faena se cansaron de cavar fosas en San Martino, donde yacían amontonados unos sobre otros piemonteses y austriacos, en

(1) General Ducrot, *Vie et correspondance*, tomo I, pág. 343.